MIGUEL N. LIRA, *Linda*. Suceso en 3 actos. El segundo, dividido en dos cuadros.—México, Editorial Fábula, 1942. 148 pp. más cuatro "motivos musicales".

Miguel N. Lira, como dramaturgo y como poeta, permanece fiel a dos veneraciones: la del terruño y la de García Lorca. Una y otra explican, respectivamente, su preferencia por la escenificación de asuntos desprendidos del ambiente tlaxcalteca, en cuyo desarrollo pasa del verso a la prosa, y la conjunción —tan bien lograda en *Vuelta a la tierra*— de palabra y música; esta última, empleada para acentuar el lirismo, dentro de lo dramático.

Por el romance lorquiano, subjetivo, Lira llega al corrido mexicano, casi siempre objetivo, que, como los romances de ciego, con frecuencia idealiza a un bandolero hasta convertirlo en héroe local. Así acontece en este "suceso dramático", que fué estrenado en el teatro Fábregas por la Compañía María Teresa Montoya, en función que patrocinó el Gobierno del Estado de Tlaxcala, merecedor de elogios por esa actitud estimulante.

Sólo quien haya vivido las angustias de una guerra civil comprenderá el vigoroso optimismo que requiere la estilización poética de la figura de un forajido de perfil medieval que actúa en pleno siglo XX. Lira va hacia aquél por la ruta del romanticismo.

Romántica es la protagonista: Linda —¿diminutivo adjetivado?—, la muchacha provinciana soñadora que ve la realidad a través de lecturas que la ennoblecen, y quiere transformar al cabecilla cruel en un "bandido generoso". El romanticismo que de Linda emana va a aureolar no sólo a ese hombre: contagiará a la amiga y llegará aun a la propia madre, que, después de amonestarla por sus novelorías, salta inconscientemente de la prosa al verso en su soliloquio.

Por ello, el áspero Máximo Tépal se suaviza cuando está bajo el halo de luz hogareña: no es el mismo en la casa de Linda y en el campamento; su lenguaje lo revela, al cambiar de tono en el segundo acto, algún tiempo después de consumir el rapto de la muchacha. Entonces es otro hombre. O más bien —ella lo dice—, se convierte en la sombra del que era en los sueños de Linda.

A ese cambio se debe la fuga de ésta —que va a ser madre—, con la ayuda de las demás mujeres; aun de aquella que la aborrecía y acaba por apoyarla, ganada por un repentino sentimiento de solidaridad femenina. Desengañada ante la realidad, Linda vuelve al hogar para que en él viva el que es hijo suyo y de una sombra. Allá irá a buscarla, perseguido, Máximo, y —menos afortunado que el amante de Sakuntala— morirá sin conocer a su propio hijo.

Cada cuadro de los cinco que forman este "suceso" de Lira es un peldaño bien dispuesto para conducir al espectador, del primero, cos-

tumbrista, al último, el del corrido. Un tanto inseguro al principiar —recuérdese la titubeante conversación entre las dos madres—, mejora a medida que la acción se desenvuelve. Ya el acto segundo, con un afortunado acoplamiento de recursos de comedia y de revista, marca un progreso sobre las anteriores alternativas de lirismo y llaneza, en un mismo diálogo. El segundo cuadro de este acto ofrece otro acierto: la escena de los girasoles. El último acto, tras el paréntesis cómico —que el público sabe agradecer, como una pausa necesaria—, culmina con el diálogo que sostienen sin verse, aislados por el muro, Máximo y Linda; y el epílogo refuerza el efecto, con la versión fiel —el corrido— después de las maledicencias del vecindario: es la apoteosis popular del bandolero elevado a la categoría de héroe.

FRANCISCO MONTERDE

CONCHA MELÉNDEZ, *Entrada en el Perú*.—Habana, La Verónica, 1941. 179 pp.

Después de *Signos de Iberoamérica* —ensayos críticos—, *Entrada en el Perú* fija nuevos rumbos a la obra de esta buena escritora. Si en *Signos de Iberoamérica* descubre Concha su espíritu de análisis, en *Entrada en el Perú* muestra su pupila de viajera. Difícil es la crítica; difícil es el viaje.

Entrada en el Perú es logro eminente de esta escritora que, además de poseer tacto para pintar con colores de exactitud, sabe apresar las más ocultas esencias.

Captar los valores contenidos en la obra de arte es labor tan ardua como recoger las líneas de un paisaje o el carácter de una ciudad.

En 179 páginas, divididas en capítulos cortos, nos da Concha Meléndez, que se ha apoderado de un estilo de simples y lustrosas facetas, un Perú lleno de grandeza, de originalidad, de vigor; un Perú en el cual el esplendor histórico se une a la maciza majestad de la naturaleza.

Concha niega la habitual laxitud de nuestro temperamento tropical y burla nuestra tradicional indiferencia por lo internacional. Sin temor a las distancias ni a las dificultades que ofrece el viaje a esa América nuestra, abrupta y casi desconocida, se coloca en la entraña de nuestro continente, explorándolo con un sentido noblemente poético y avalorándolo en sus múltiples expresiones.

Complace lo acabado, lo flexible, lo armonioso de la lengua empleada en este libro. Es no sólo el producto de una sensibilidad agudizada, sino la flor de un aprendizaje que alcanza niveles insospechados, por virtud del peregrino fenómeno de la madurez intelectual.